

JUAN RODRIGUEZ DORESTE

Raíz y estilo del alma canaria

(ENSAYO DE ENTENDIMIENTO)

BIG

032

LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
1960

JUAN RODRIGUEZ DORESTE



Raíz y estilo del alma canaria

(ENSAYO DE ENTENDIMIENTO)

Viñetas de Felo Monzón

BIBLIOTECA
SAULO TORON

LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
1960

Canarias/PR

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
LAS PALMAS DE G. CANARIA
N.º Documento <u>731138</u>
N.º Copia <u>480357</u>

A Paulo Torón, gran poeta,
gran corazón, gran canario,
cuyos viejos versos siguen
siendo para mí permanente
escala de evasión lírica, con
toda la honda admiración
y el seguro afecto de

Junio de 1960



Conferencia pronunciada en el Teatro Leal
de San Cristóbal de La Laguna, el día 17
de Junio de 1959, con ocasión de las Fiestas
y Romería Regional de San Benito Abad.

Raíz y estilo del alma canaria



Canariedad esencial de La Laguna

Cuando hace ahora poco más de tres años expresaba yo, desde este mismo lugar, la devoción de los hombres de mi isla y de mi generación por esta prócer ciudad de La Laguna, en la que el tiempo parece remansarse milagrosamente, estaba muy lejos de pensar que se me brindaría tan pronto otra ocasión de renovar mis viejos votos de adhesión. De un antiguo libro, leído y releído en el curso de su existencia, decía con elogio un viejo poeta francés:

*Siendo mozuelo recorría sus páginas
y las leo todavía cuando tengo el pelo gris.*

Con el pelo gris yo también vengo a renovar con La Laguna los viejos votos de mi amor intacto, los mismos votos, estremecidos de gozosa sorpresa, que mi mocedad subyugada pronunciara cuando por primera vez se asomó a las perspectivas únicas de su noble y rancio caserío y de su verde y anchurosa campiña. Desde entonces la reputé como la ciudad más esencialmente canaria de todo el Archipiélago, como la más representativa de lo canario en su doble dimensión física y espiritual. En lo físico, derrama la limpia

ordenación de su dintorno urbano sobre una llanura armoniosamente conformada, asomándose, sin demasiado compromiso, a las dos fuentes nutricias de nuestra belleza natural: de un lado, la cumbre, los montes dorsales de la isla que culminan en el Teide; del otro, casi salpicando las primeras tierras de su término, el Océano, majestuoso é inmenso. En lo espiritual, porque aun se siguen conservando aquí, entre sus gentes, gloriosamente preservadas de impurificador contagio, las cualidades que confieren al alma canaria su definida peculiaridad. Es natural, pues, que en su ámbito propicio se desenvuelva con toda soltura y propiedad esta incomparable Romería de San Benito, que es también una verdadera antología de lo canario. Nunca hubo marco más adecuado para unas fiestas más representativas. El brillante colorido, la sencilla poesía, el encanto pitoresco y la fina savia costumbrista de un pueblo amante de sus tradiciones y poseedor de un certero instinto de la belleza, todo lo que esta Romería pone soberbiamente de manifiesto, no podía hallar escenario más ajustado, más perfecto y más luminoso que las calles de este viejo pueblo que es la única ciudad del Archipiélago a cuyos pies, como los sollozos ante Dios en el verso de Beaudelaire, vienen a morir nuestras menudas querellas insulares en obligado y tácito homenaje a su entrañada canariedad.

En un marco tan canario, con ocasión de unas fiestas tan isleñas y, sobre todo, frente a unas deliciosas mujercitas —la Romera Mayor y su corte— que compendian en su apostura, en su gracilidad y en sus encantos la triple belleza de nuestro campo, nuestro cielo y nuestro mar, me ha parecido apropiado hablar esta noche de la raíz y del estilo del alma de nuestra tierra. Del alma regional canaria, porque, no obstante los rasgos privativos que puedan diferen-

ciarlos entre sí, los isleños de las siete islas poseen una unidad de espíritu, una similitud tan acusada en su idiosincrasia espiritual como acusada es la similitud de los rasgos volcánicos de estas rocas que a todos nos sustentan. No hay como alejarse de las islas —y yo he vivido la aleccionadora experiencia de evocarlas desde la otra ribera del Atlántico— para percibir su fundida unidad geográfica y espiritual, el compacto cristal de aristas bien talladas que constituye la categoría humana de lo canario, este sello específico de nuestra alma dentro de la vasta variedad en la unidad que es el alma española.

Vamos a discurrir, pues, esta noche acerca de las constantes espirituales del alma canaria, de la naturaleza de nuestro pueblo. Ya comprendereis que tal empresa, como todo lo que atañe al estudio de cualquier psicología popular, rebasa, no ya los límites de una breve disertación, sino hasta los de una vida entera que se consagrara a esclarecer los mil ocultos cauces que confluyen para formar ese caudal complejo, contradictorio, tan inasible como el azogue, que es el alma viva de un pueblo. Lo que yo consiga desvelar sólo tiene por ello el valor de una tentativa, de un primer ensayo para iniciar caminos hacia un estudio más profundo y más detenido. Lo de primer ensayo me recuerda una vieja historia, también de psicología nacional. Se celebró una vez un Congreso internacional de Zoología consagrado al estudio de los elefantes. El sabio inglés presentó un pequeño volumen, muy bien encuadernado, que se titulaba simplemente: «El Elefante»; el sabio americano, otro de parecidas dimensiones, pero lleno de gráficos y estadísticas, denominado: «Más y mejores elefantes»; el profesor ruso un volumen considerable, también atestado de cifras y diagramas, bajo el título de: «El papel del elefante en el plan quinque-

nal»; el profesor francés, un libro en rústica, expresivamente titulado: «El elefante y sus amores». Y por último el sabio alemán concurrió con un mamotreto de más de mil páginas, con esta interesante rotulación: «Ensayo de una introducción a un primer estudio de la vida del elefante». Tened la seguridad de que mis palabras de esta noche, aunque sean un ensayo de un primer estudio, no tendrán las dimensiones del trabajo del profesor alemán.

Sentido conservador de lo típico popular

Pero antes de entrar propiamente en materia, permitidme una breve digresión circunstancial, sugerida por la índole de estas fiestas que vamos a celebrar: ¿A qué se debe este auge que en muchas partes del mundo —no sólo en estas islas— alcanzan en nuestros días la exaltación de lo típico popular, el cultivo y el fomento del folklore, las medidas para preservar los usos y costumbres de viejo abolengo, la música, los trajes y las ceremonias que fueron patrimonio de tiempos pasados? ¿Es acaso ello reflejo indirecto, o efecto deliberado, de esas corrientes de furioso y casi siempre inmaduro nacionalismo que después de la última conflagración, como sueltos avisperos, vienen zumbando peligrosamente en todos los rincones del planeta? En algunos casos es posible que este celoso intento de conservar o de resucitar las tradiciones populares sea un *epifenómeno* del nacionalismo, una onda más o menos lejana del profundo seísmo espiritual que agita a los pueblos que ahora advienen a la libertad. Pero viéndolo más en la entraña, estimo que el fenómeno debe más bien atribuirse a una forma refleja, quizás subconsciente, del instinto de conservación. Ha escrito Don José Ortega y Gasset que el salvaje que pone sobre su cabeza una pluma de ave, o que sobre su pecho ensarta los dientes de una fiera, o se ciñe en torno a la muñeca un brazaletes de piedras preciosas, afirma con ello su instinto de adorno, arte primigenio, pero también su instinto de llamar la atención, de mar-

car su diferencia y superioridad sobre los demás. Porque, en decir de Ortega, la biología va mostrando que más profundo que el instinto de conservación es el instinto de superación y predominio. Yo creo, sin embargo, que las oscuras raíces de esa tendencia de los pueblos a mantener celosamente el caudal de sus tradiciones ornamentales, que pudieron ser en su origen la forma de señalar una diferencia y un acento propios, deben brotar directamente, repito, del instinto de conservación. Los pueblos empiezan a tener conciencia cierta de que una corriente igualatoria, uniformadora, originada en países de explosiva vitalidad como, por ejemplo, el norteamericano, pero de escasa solera tradicional, amenaza con anegar bajo usos y formas de vida fáciles, prosaicos y desteñidos, los hábitos seculares que han formado siempre el sustrato de su verdadera personalidad. El hombre cultivó lo típico —su adorno, su vestido, su música, las prácticas laborales, los usos sociales, etc.— para singularizarse, para distinguirse, para destacar su estilo personal. Hoy lo preserva y, sobre todo, lo defiende para sobrevivir, para conservarse, porque percibe instintivamente que al fundirse y desaparecer su personalidad en la amalgama indiferenciada de los usos modernos pierde una de las primeras razones de su existencia: el cultivo de su individualidad.

Esta digresión viene a cuento de tratar de explicarnos el entusiasmo que los canarios ponemos hoy en exaltar lo que, con frase usual, se llama nuestro tipismo. No se origina ello, en nuestro caso, en un torpe y chauvinista nacionalismo. Aun teniendo conciencia de nuestra personalidad, aun sintiéndonos muchas veces dolidos o vejados por el olvido o la incomprensión de otros españoles, jamás ha apuntado seriamente en el espíritu de los canarios, por grandes que hayan podido ser su insatisfacción o su disgusto, el turbio

fermento de un nacionalismo separatista, porque en pocas regiones de nuestra patria se percibe como aquí, en nuestras islas, a pesar de nuestro alejamiento, la conciencia humana, el sentido universal, el orgullo tímido pero intenso y la responsabilidad histórica y vital de ser españoles, verdaderos españoles, en la ancha y honda dimensión del concepto. Porque a todos los canarios pueden aplicárseles los versos inmortales que nuestro gran poeta Tomás Morales dedica a un viejo lobo de mar:

*Está bien orgulloso de su pasado inquieto,
ama las noches tibias y los días de sol;
y entre otras cosas grandes dignas de su respeto
es una, la más grande, ser súbdito español.*

Los factores del alma de un pueblo

¿Cuáles son los valores esenciales de su vida espiritual y colectiva, los valores de su propia alma, que el canario de hoy se afana en conservar? Henos aquí ya, como decía un ilustre y castizo andaluz, en el cascabullo de nuestro tema.

El alma de un pueblo, o si quereis, su espíritu —para no confundirnos con la sustancia inmortal que informa el cuerpo humano— es ese complejo núcleo que integran sus aptitudes, sus vocaciones, sus normas habituales de conducta, sus anhelos y sus vivencias, es decir, ese intrincado, oculto e inmaterial resorte que mueve su conducta colectiva, que es siempre compuesta resultante de la conducta individual de cada uno de sus miembros. En un esquema voluntariamente simplificado, para hacerlo más fácilmente comprensible, el alma de un pueblo, como el alma humana, es resultado y expresión de dos tipos principales de factores: los que constituyen su mundo exterior, su mundo circundante (o como se dice ahora su *biogeografía*), y los que actúan y la influyen a través de la herencia, por el conducto de los *genes*, en ese misterioso proceso de la creación y la transmisión de la vida. Expresado más simplemente: los pueblos humanos —y como es natural, el pueblo canario— son el producto de dos elementos principales: el lugar donde nacen y viven, y la herencia que en el curso de los años van recibiendo y acumulando en forma de vivencias, más o menos conscientes, al caudal de su experiencia cotidiana, pues, como decía Gustavo Le Bon, *del alma de los muertos está formada el alma de los vivos*.

La tierra canaria, volcán domeñado

¿Cómo es la tierra, el medio físico que sustenta al pueblo canario? ¿Cómo nacieron estos roquedales que hoy sopor-tan el peso de casi un millón de españoles? Según ha observa-do justamente el Doctor Verneau, el Archipiélago ha sido una de las comarcas del globo sobre cuyo pasado han surgido más apasionadas controversias. Su origen geológico, especial-mente, ha sido motivo de las más contradictorias opiniones, desde la que lo supone restos sobrevivientes de la Atlántida de que hablara Platón, en sus diálogos el *Critias* y el *Timeo*, hasta la teoría, hoy casi unánimemente aceptada, que afirma que las islas se han formado por sucesivos levantamientos volcánicos, emergiendo sobre el mar en el período terciario, en el Mioceno, por los mismos tiempos que los Alpes euro-peos. Es evidente que el aspecto actual de nuestras islas —su facies física, su paisaje quebrado y variadísimo— ha sido de-terminado por erupciones volcánicas, algunas muy recientes, otras muchas recogidas en las narraciones históricas, entre ellas en el propio Diario de Colón —«*el gran fuego de la sierra de Tenerife*»— y el mayor número, sin duda, ante-riores a los primeros habitantes. Sobre esta accidentada to-pografía original han actuado en todo tiempo los fenómenos naturales de erosión. Y, finalmente, la labor del hombre: *Ecce miraculum*. He ahí el milagro.

Porque esta tierra tal como hoy la conoceis, un vergel artificial, sólo fué en un principio estrictamente roca y lava.

La tierra canaria, ha dicho certeramente la poetisa cubana Dulce María Loynaz, no es sólo la madre del hombre canario, es también su hija, o quizás más propiamente, tan sólo su hija. Cuando arribaron aquí los primeros núcleos humanos — y no se sabe todavía ciertamente por qué, ni cómo, ni cuándo— encontraron un mundo en el que el único factor vital favorable eran, como cantaba Viana,

los templados y suaves aires,

es decir, el régimen de vientos alisios que determinan la suavidad de nuestro clima. Todo lo demás lo ha hecho el hombre. La primera compulsión, el primer influjo que la Naturaleza ejerció sobre el canario fue, pues, obligarle a trabajar. La tierra, dura y arisca, hizo al hombre laborioso, tenaz e ingenioso. Aprendió a removerla, a transportarla y a cultivarla; convirtió en huertas feraces los campos calcinados, extrajo de sus entrañas plutónicas el líquido filón que es nuestro verdadero petróleo. Y la laboriosidad engendró otra condición: la sobriedad. El canario empezó siendo sobrio por necesidad y ha acabado siendo sobrio por virtud.

¡Qué mal se compagina esta ingente labor del canario con la generalizada leyenda de su desgana, de su desidia, de su *aplantanamiento*! Se han confundido la suavidad y la dulzura de nuestros modos con una falsa condición de renuentes o remisos para el trabajo. Bien es verdad que el defecto no se nos achaca a todos los isleños por igual y que la palma, hasta ahora, la tienen atribuida los majoreros. Muchos conocerán la anécdota: Un caciquillo de Fuerteventura, queriendo sacar partido de un mozo muy gandul a quien sus convecinos, por su constante posición corporal, llamaban «el Tumbado», se lo recomendó al Jefe político de la capi-

tal. Este lo nombró guardia municipal. Pocos meses después el caciquillo inquiría noticias de su recomendado:

—No me hable, amigo, le dijo el Alcalde. Me han dicho que se pasa el día sentado en los poyos de la plaza...

—¿Sentado ha dicho, Don Agustín?

—Sí, sentado, ¿por qué?

---Porque si ya se sienta, tenemos hombre, señor Alcalde...

Los canarios en la historia de América

A propósito de la laboriosidad de los isleños, me parece adecuado explicaros brevemente lo que pudiéramos llamar la prueba americana de esta virtud de nuestros paisanos: el papel que el emigrante canario ha desempeñado en la colonización y en el progreso de la América hispana.

La emigración canaria al Nuevo Mundo empezó desde el primer viaje de Colón. Bien conocido es, a través del Diario del Almirante y las crónicas del Padre Las Casas y de Fernández de Oviedo, que nuestras islas dieron a las naves descubridoras, entre otras cosas, un nuevo timón a la «Pinta», un nuevo velamento redondo a la «Niña», víveres frescos, agua, animales vivos y plantas. Y también hombres, cuyo número exacto permanece desconocido, pero el hecho es evidente. Famoso es el episodio del *canario corredor* que capturó a la mujer de un cacique indígena que corría como un gamo. Y entre las plantas llevadas en diversas fechas conviene recordar que figuró, además de cepas de viña, plátanos y ñames, la que había de servir de inicial fundamento económico a la vida del nuevo continente: la caña de azúcar.

Muchos naturales de estas islas, después de la empresa colombina, se incorporaron sucesivamente a las numerosas expediciones colonizadoras que tocaron en nuestras aguas. Recordemos, en rápida enumeración, la de Nicolás de Ovando, en 1.502, la de Alonso Quintero, dos años después, en la que viajaba Hernán Cortés, la de Don Lope de Sosa, la de Pedro de Mendoza al Río de la Plata, en 1.535, para fundar la ciudad de Buenos Aires, a la que aquí se su-

maron —y nos lo cuenta el malogrado Buenaventura Bonnet, entre otros escritores— un sobrino del Adelantado Pedro de Lugo y dos hijos del famoso canario Bentaguaire. Los canarios tomaron parte en la fundación de muchas ciudades americanas y recordemos que, por ejemplo, la ciudad de Montevideo se fundó por Don Bruno Zabala —el 20 de Diciembre de 1.729— con cincuenta familias canarias llevadas expresamente para ello por orden del Rey Felipe V. Desde las islas, por mandato de Carlos I, en 1.519, se llevaron a la Española, para establecer el primer trapiche del Nuevo Mundo, en la ribera del Río Nigua, maestros y oficiales azucareros, y resultaría interminable la descripción de las numerosas aportaciones que las Canarias hicieron a la población americana desde el siglo XVI al siglo XIX, reciente y magistralmente resumidas en un estudio de José Pérez Vidal, ilustre escritor palmero. Hechos capitales en esta copiosa transfusión de sangre canaria en el inmenso continente fueron las expediciones a Santo Domingo, a Florida, a donde iban cincuenta familias anualmente, y a Luisiana, en donde, por curiosa sobrevivencia, existe una parroquia llamada de San Bernardo, habitada por unos cazadores, *trappers*, en la que, como un milagroso islote hispánico en medio del inglés, se sigue hablando hoy el castellano con una modalidad de acusado y bien discernible origen canario.

Las islas fueron desde siempre la escala obligada en las rutas hispánicas hacia América. La excelencia de su situación geográfica fue primeramente reconocida por el Rey Felipe II, que en una de sus instrucciones habla de la importancia de este Archipiélago *«para el trato y comercio de las Indias por estar en el pasaje que están y ser camino para ellas»*. Fruto de otra posterior consideración de nuestra ex-

cepcionalidad fué la famosa Real Cédula de 1.772, que restableció la libertad de comercio de los puertos canarios con las islas de Barlovento, y que, ochenta años antes, puede considerarse como la precursora de la nunca bien ponderada y agradecida Ley de Puertos Francos de 11 de Julio de 1.852, dictada por el insigne gobernante Don Juan Bravo Murillo, que al reconocer con justo enfoque, certera comprensión e imprescriptible clarividencia la peculiaridad de los problemas que plantean nuestro emplazamiento y nuestra lejanía, asentó la firme base de nuestro progreso y de nuestra prosperidad.

El rasgo fundamental de la emigración canaria, sobre todo la de los siglos XVIII y XIX, canalizada principalmente hacia Cuba y Venezuela, fué en todo tiempo la calidad humana de sus elementos. Lo proclaman, entre otros muchos, dos elocuentes testimonios: cuando la isla de Jamaica estaba en trance de perderse para la corona de España, un jamaiquino de relieve, Don Francisco de Leiva, solicitaba en 1.659, entre otros remedios, el envío de una armada cargada de gentes —dice textualmente la solicitud— que *«ban de ser de trabajo y provecho como lo es la de las Canarias»*. Muchos años después, en 1.823 y 1.836, la Real Sociedad Económica de Amigos del País, de la Habana, ante la necesidad de fomentar la población blanca de la Isla de Cuba, en notoria desproporción frente a la negra, pedía la inmigración de canarios a los que, aparte su robustez física y los grandes beneficios que habían procurado a la agricultura cubana, se les reconocía, preferentemente, *«su inclinación y buenas disposiciones al trabajo»*. Yo he sido testigo orgulloso y admirado de la huella inmensa que la laboriosidad del campesino canario ha grabado fecundamente en esa joya de riqueza que son hoy los campos de Cuba.

La isla como generadora de una actitud espiritual

Decíamos antes —y tomemos de nuevo el camino real— que la raíz de la primera virtud matriz del canario, su labiosidad, está en la naturaleza arisca de su propia tierra. Pero esta tierra, estas tierras, no son una tierra cualquiera: son islas, como ha definido Arozarena,

*gotas de tierra
en el papel azul,*

en la inmensidad del mar.

Y si la tierra esquiva pudo ser una determinante inicial de su conducta, un imperativo categórico para su acción inmediata y sostenida, para su necesidad de subsistir, la isla, como tal entidad, y el mar, como elemento cósmico que la envuelve, van a ser las determinantes de algo más hondo y radical: su carácter, su alma. El descubrimiento del valor formativo, metafísico, de la isla, y de la sensación que inconscientemente engendra, el *a-isla-miento*, es bien reciente. El canario, desde siempre, soportaba estoicamente sus efectos físicos y se iba conformando interiormente, casi sin darse cuenta, por sus efectos espirituales. Pero hasta nuestros mismos días no ha logrado diagnosticar su dolencia, o mejor, conocer la etiología de un rasgo tan personal y significativo de su propia alma. Fué Don Miguel de Unamuno el que en las páginas inmortales que escribiera como prólogo al «*Lino de los sueños*», del poeta canario Alonso Quesada,

revelara primeramente el profundo sentido que tiene la palabra *aislamiento*, o como él dice, «*la fuerza de la voz a-isla-miento*». Otros autores después de él, especialmente el que fué Profesor de La Laguna Angel Valbuena Prat, han hablado de este sentimiento en relación, sobre todo, con nuestra poesía lírica, explicándolo como la conciencia de la pequeñez de nuestro microcosmos ante el macrocosmos. También María Rosa Alonso, en un soberbio trabajo que publicó hace algunos años en «*El Español*», expuso iluminadores atisbos del hondo problema. Pero en mi concepto, las páginas más certeras que se han escrito últimamente analizando la significación sustancial de la isla como entidad generadora de una cultura específica y, sobre todo, de una mentalidad y de una actitud espiritual, del alma de un tipo humano, son las que puso como prólogo de su «*Antología de la poesía canaria*», el escritor tinerfeño Domingo Pérez Minik. Para este crítico, y compendio en exceso sus atinados vislumbres, la isla, con todo su vigor geológico, su especial condición vital y su contenido humano, es algo opuesto al continente, al gran valle o al río. Es una presencia física irremplazable, y al mismo tiempo una cultura y una historia que han querido y pretendido siempre bastarse a sí mismas, y que por ello se distinguen de las otras culturas separadas por el mar, aunque compartan su mismo patrimonio espiritual. Las islas no han sido siempre bien entendidas. Hasta Hegel, en su monumental «*Filosofía de la Historia*», al describir las culturas fundamentales —la altiplanicie, el valle y la costa— desdeña la función de la isla, distinta de la costa, en la creación de un tipo espiritual autónomo. La isla es posición de tránsito. esencial y puro tránsito. Para muchos hombres, tan sólo trampolín para un salto a más anchas aventuras. Para algunos otros ha sido lugar de destie-

rro, y de destierro fecundo. Recordemos a Napoleón recorriéndose sobre sí mismo en Santa Elena, y permitiéndole ello articular su famoso «Memorial», de tan apasionante lectura. Evoquemos los canarios el destierro de Don Miguel de Unamuno, en la isla que él llamó *fuertemente venturosa*, y que tan fértil influencia habría de ejercer en la obra posterior del gran escritor. En ella descubrió el valor del gofio, *esqueleto de pan*, hermano de la aulaga, *mata esquelética que alimenta al camello*, a su vez esqueleto de animal trasplantado *a una isla esquelética*. En Fuerteventura, sobre todo, como él mismo confiesa, *llegó a conocer la mar*, entró en comunión íntima con ella, *«sorbiendo su alma y su doctrina»*.

Pero la isla no es sólo lugar de paso o de destierro. Es también lugar de habitación permanente para el isleño. Y de esta mezcla de destinos, de este cruce de posibles y potenciales destinos, nace la profunda huella con que la isla marca para siempre a sus permanentes moradores. En el alma del isleño prende la conciencia de su especial situación, de su especial contradictoria situación. Surge ese estado anímico, ese sentimiento del *aislamiento*. De un lado, el tirón de las fuerzas que invitan al viaje, a la aventura, a los anchurosos caminos que llevan a tierras más ricas o más plenas, donde la vida ofrece mayores compensaciones, engañosas o reales, porque el mismo Unamuno nos decía que *«eso de la vida intensiva ha nacido de la desesperanza de la vida expresiva»*. De otro lado nos sujetan la dulzura y la paz de nuestra existencia isloteña, nuestro clima en perpetua primavera, el encanto sencillo de estos diminutos mundos en los que la gracia de Dios ha puesto una naturaleza tan bella y tan diversa, cuya honda poesía se hace igualmente sensible al espíritu del rústico que al del hombre cultivado, que mu-

chas veces espera ver surgir en valles y quebradas los mismos seres mitológicos que poblaban los de la antigua Grecia. No recuerdo si alguien antes ha subrayado la cercana y a veces sorprendente similitud del paisaje de algunas islas griegas con el de nuestro Archipiélago. No he recogido la comparación ni en los versos de Luis Rodríguez Figueroa ni en los de Manuel Verdugo, que fueron los poetas más cosmopolitas y viajeros de nuestro Parnaso regional. La isla, pues, tiene, como un cuerpo animado de movimiento, sus dos tropismos, sus dos fuerzas: la centrífuga, que nos empuja y nos invita a partir, y la centrípeta, que nos aferra a su suelo, nos aísla, nos vuelve hacia dentro, nos crea nuestra aptitud para el silencio y la intimidad, frente a un mar que es, como cantara Saulo Torón,

campo azul para todas las siembras del sueño,

un mar que en su infinita grandeza, dándonos la sensación de nuestra pequeñez, nutre la raíz de nuestra inclinación melancólica, de nuestro carácter soñador. Ya lo decía Don Miguel de Unamuno:

*pasando las cuentas
de tu eterno rosario acrecientas
el ansia de soñar que al pecho oprime.*

El complejo racial de los canarios.

Hasta aquí hemos tratado de explicarnos la acción modeladora, lenta, pero inexorable, de este binomio de isla y mar en el alma del canario. Pero a estos elementos exteriores, de pura causalidad geográfica, que podemos llamar *exógenos*, pues que actúan desde fuera, hay que sumar los *endógenos*, que por venirnos por la vía de la sangre llamaremos *exógamos*, ya que se trata en rigor, como dicen los antropólogos, de una secular *exogamia*, una unión entre personas de una misma familia pero no de una misma especie o linaje. Sabido es —postulado glorioso de todas las conquistas de España— que en nuestras islas se mezclaron copiosamente los aborígenes y los invasores, conquistados y conquistadores, canarios y peninsulares. Las crónicas y las leyendas nos hablan, principalmente, de los enlaces de princesas con paladines de la conquista: recordareis los amores de la princesa Dácil, hija de Bencomo, Mencey de Taoro, con el Capitán Castillo, que nos cuenta en clásico verso castellano Antonio de Viana, el más viejo poeta lagunero. Muy conocida también es la conversión, por su matrimonio, en Doña Catalina de Guzmán, de la Princesa Masequera, con cuya rendición acabó en 1483 la conquista de la isla de Gran Canaria. Y más poéticamente célebre el episodio de Tenesoya Vidina, la sobrina del Guanarteme de Gáldar, raptada cuando se bañaba en la marina:

*Estándose bañando con sus damas
de Guanarteme el bueno la sobrina,
tan bella que en el mar enciende llamas,
tan blanca que a la nieve más se empina,*

como cantara un juglar anónimo. La princesa indígena se convirtió en Doña Luisa de Betancor y es protagonista de aquel hecho milagroso que narran las crónicas: entregada por los castellanos que ocupaban Lanzarote en canje de unos cristianos cautivos, se escapó una noche de su encierro para volver junto a su marido en aquella isla, sin que, en su sigilosa huída, ni las *«puertas pesadas hicieran ruido ni ladrasen los perros muy bravos que las cuidaban.»*

Pero no fueron sólo princesas y capitanes quienes trabaron coyunda. También se unieron hembras y varones del estado llano. Los conquistadores empezaron por tomar como cautivos a los naturales de las islas. Fueron, primero, botín de guerra que se mostraba orgullosamente en la corte castellana. Después, esclavos y esclavas que eran ventajosamente mercadeados, alcanzando las hembras invariablemente precios superiores a los varones. La primera transacción que se registra —estudiada en un magnífico trabajo por Vicenta Cortés, del Archivo de Indias de Sevilla— se remonta nada menos que al 9 de Enero de 1489, y el objeto de la anotación para pagar el impuesto es una cautiva canaria de once años llamada Isabel. Las activas gestiones que de consuno realizaron obispos y familiares lograron que los reyes acabaran con el humillante comercio, pues aunque la esclavitud en aquellas épocas era lícita, la mayoría de los esclavos canarios se habían convertido en cristianos mediante el bautismo. Pero en todo tiempo, antes, durante y después de abolida la esclavitud, la población conquistadora se mezcló con los aborígenes, que pertenecían, totalmente, a la raza blanca. Según un estudio que hace poco ha realizado en los restos humanos que integran la valiosa colección antropológica del Museo Canario de Las Palmas el profesor Miguel Fusté, la antigua población del Archipiélago estaba dividi-

da principalmente en tres grandes grupos: el cromañóide, semejante al que poblara parte del África del Norte; un tipo euroafricano, el más abundante, parecido al de ciertas tribus bereberes y un tercer grupo en el que había individuos de raza orientálica y armenoide. Con ello se disipa, pues, por completo la vieja y errónea afirmación de que entre nuestros antepasados figuraban individuos de una raza negroide. El resultado más inesperado y sorprendente de este reciente trabajo del profesor Fusté es que ha permitido descubrir de un modo incontrovertible la persistencia de muchos rasgos definidos de las razas aborígenes entre los actuales pobladores de las islas, especialmente en el relativo aislamiento de los núcleos rurales, confirmándose así la mezcla secular de ambos grupos humanos.

No sabemos, por desventura, en qué sucesiva proporción contribuyeron a formar el actual complejo racial canario los naturales de las distintas regiones españolas, desde que el caballero normando Juan de Bethencourt iniciara la conquista de nuestro Archipiélago. No se ha hecho, ni creo que pueda llevarse a cabo por falta de materiales, un cálculo tan completo como el que para desentrañar la evolución de la lengua castellana han realizado los estudiosos que han medido la aportación de las diversas regiones españolas a la población del Nuevo Mundo. Digamos de paso que a pesar de los magníficos trabajos de Rufino José Cuervo, Pérez Bustamante, Henríquez Ureña y otros investigadores, los cómputos actuales en lo referente a la importancia de la emigración canaria son muy incompletos y fragmentarios. La principal dificultad para establecer este censo canario de viejos peninsulares, aparte la falta de documentos, pues sólo los pacientes genealogistas han logrado acopiar los relativos a las familias patricias, la constituye la condición transitoria,

de lugar de paso, de nuestras islas. Pero si conocemos, por aquellos estudios y otros más recientes, destacando entre éstos el del Profesor de La Laguna Diego Catalá, las regiones españolas que en los siglos de nuestra expansión americana suministraron los mayores contingentes. En los caminos de América iban siempre en cabeza los andaluces, seguidos de lejos por castellanos y leoneses, extremeños y portugueses. Nada tiene de extraño que en la misma proporción arribaran a nuestras islas, *verde mesón del extrarradio*, que ha dicho Pérez Vidal, unas veces para seguir, otras veces para quedarse. La prueba más irrefutable de la primacía de lo andaluz en nuestro espíritu nos la suministra la modalidad fonética de nuestro castellano. No se ha completado todavía el atlas lingüístico del Archipiélago que tantas luces podrá arrojar sobre la evolución de nuestro español. Pero es indiscutible la semejanza fundamental de nuestra habla con la de la Andalucía de la vertiente atlántica —Cádiz, Huelva, Sevilla— en la pronunciación y en una gran porción del léxico, aunque abunden también en nuestro español portuguesismos, americanismos y voces de la jerga hispana de la marinería. El *tempo*, que diría Amaro Lefranc, es también una curiosa mixtura de cadencia andaluza templada por la musical languidez americana. Nadie puede negar el hondo influjo que sobre nosotros ha ejercido el alma andaluza —la más profunda, original y misteriosa de toda España. Pero, por curiosa paradoja, los rasgos de nuestra alma más teñidos de tinte andaluz no nos han venido de la Andalucía atlántica que nos legó el *seseo*, sino de la Andalucía más hermética, más reservada y contenida, más apasionada en su ardor oculto, de Córdoba y Granada, la de Séneca el estoico, la de savia mozárabe y entraña mudéjar, aquella Andalucía misteriosa en la que, como en el cuen-

to de Paul Claudel, parece uno chocar de pronto con una estela sobre la que se lee: *límite de los dos mundos*. De esta influencia andaluza, base de nuestra reservada intimidad, debe provenirnos lo que Tomás Morales llamaba

desidia mora y arrogancia hispana.

Pero tiene también nuestra alma una curiosa dimensión, que no debe de arrancar del alma andaluza, cuya tristeza es, en el fondo, más dramática: el sentimiento de nostalgia, de la nostalgia que provoca la distancia, y que bien pudiera proceder del influjo de los portugueses, para los que la voz *saudade* evoca un sentimiento similar, o también de los glóbulos gallegos transfundidos en nuestra sangre, pues bien notoria es la afinidad que en muchos rasgos une a nuestros dos pueblos, ambos emigrantes, soñadores y nostálgicos en el exilio. Los dos emplean para designar el mismo sentimiento una misma palabra de cuño galaico: la *morriña*. También como el gallego es el nuestro un pueblo melancólico, humorista, socarrón e irónico, y ya sabéis que, como enseñara el maestro Gustavo Pittaluga, la ironía no es más que una forma larvada y defensiva de la ternura, asimismo una de nuestras constantes espirituales. La socarrería del isleño es proverbial. Es la forma que toma su espíritu cómico, que se semeja más al *humor*, de origen galaico, emparentado lejanamente con el inglés, que a la *gracia* andaluza, juego de espíritu que tiene más del *esprit* francés, pues *humor* y *esprit* son en sustancia las dos formas que asume el sentido cómico del hombre. Os contaré un cuento canario muy conocido que pone de relieve nuestro humor socarrón. Vivía en Las Palmas hace muchos años un famoso y popular escribano, secretario de un Juzgado. Un

cliente del campo llegó una vez a su despacho a pedirle una partida de nacimiento.

—¿Cuánto es?, preguntó al recibirla.

—Cinco pesetas, contestó el Secretario.

—¿Cinco pesetas nada más?, exclamó espontáneo el cliente, que conocía la fama de carero que gozaba el escribano. Este saltó como un rayo:

—Pero, vamos a ver, ¿usted cuál quiere, la partida provisional o la definitiva?

—Hombre, como es para casarme, pues, la definitiva.

—¡Ah bueno!, esa le cuesta a usted veinte y cinco pesetas.

Y colocándole una estampilla más le devolvió la misma partida que antes le había entregado.

Los tres sentimientos fundamentales del alma canaria

Y ya nos llega la hora de resumir. A través de esta fugaz excursión por la geografía física y por la historia de nuestras islas, hemos escudriñado algunas de las raíces de unas cuantas cualidades del alma canaria, que son, sin duda, atributos comunes de todos los insulares.

¿Cuáles son, reducidas estrictamente al mínimo más expresivo, estas particularidades que otorgan al canario, al alma canaria, su estilo vital, su estilo existencial? Pueden cifrarse resumidamente en tres bien definidos estados de ánimo:

Primero.—*El sentimiento del aislamiento*, que crea la sensación de soledad melancólica, de tristeza de separación. El canario lo siente, pero no lo rompe. No se resigna, pero no se rebela. El aislamiento le hace percibir las inmensas posibilidades que están abiertas a su aventura, pero no acaba de decidirse a afrontarlas, con la oscura convicción de que valen más los anhelos que los logros, la agri dulce incertidumbre que la certeza decepcionante de la meta alcanzada. *En el canario se da la triple visión de su aislamiento*, ha escrito Joaquín Artilés: *la isla aislada, el mar aislador y el propio corazón que es también, a su modo, un islote*. Ya sabéis que nadie recoge y expresa mejor que el poeta los sentimientos colectivos de un pueblo, la luz y el zumo de su espíritu. El poeta surge cuando los pueblos han alcanzado la plena sazón de su personalidad. Las alas del poeta, ha escrito León Felipe,

*entre todos los hombres las labraron
y entre todos los hombres en los buecos
de sus costillas las bincaron.*

Por eso han sido los poetas de nuestra tierra quienes han acertado a definir más profundamente nuestro *a-islamiento*. El primero de todos fué Alonso Quesada. Pero los ecos se van recogiendo de generación en generación. En estos días la voz juvenil de Rafael Arozarena vibra en sus poemas con la misma anhelante emoción. Frente a la isla, que lo limita, que *tiene y contiene su vida*, el poeta exclama:

*¿Eres tú, punto, cisco,
sólo mancha azarosa,
quien aprieta los grillos
en torno a mis sueños?*

Y es que tiene también este sentimiento otra manifestación angustiosa, angustiada: el sentido de frustración que con mucha frecuencia acongoja al isleño, sobre todo al artista y al escritor, para quien el breve mundo de su isla es insuficiente universo para el vuelo.

El canario se complace en el aislamiento. De ello debe derivarse uno de los más graves defectos de nuestra raza: nuestro extremado individualismo, nuestra incapacidad para toda acción de acuerdo colectivo, social. Es la nuestra la única región de toda España, laboriosa y productora, donde no hay ni un Banco regional, ni una empresa grande de seguros, ni una flota naval propia, tres renglones que hacen trasponer todos los años con rumbo a otros horizontes muchos millones de pesetas ganados con mucho sacrificio. Esta ansia radical de aislamiento debió mover la pluma de Don Nicolás Estévez cuando escribió:



*Mi patria no es el mundo,
mi patria no es Europa,
mi patria es de un almendro
la dulce, fresca, inolvidable sombra.*

«Pobre del que no tiene otra patria que la sombra de un almendro —comentaba Unamuno—; acabará aborciéndose en él».

Segundo. — *El sentimiento de cosmopolitismo.* El canario vive asomado a unos puertos en donde, como cantara Tomás Morales,

*...cien raros pabellones
desdoblan en el aire sus insignias navieras
y se juntan las parlas de todas las naciones
con la policromía de todas las banderas.*

Los puertos han traído siempre para el canario una *curiosidad* o afición a las culturas exóticas y foráneas, pasajeras o lejanas, y al propio tiempo una *familiaridad* con los usos y modos de vida ajenos, que le han permitido en todo tiempo adaptarse a las más variadas condiciones de existencia, en todos los lugares y bajo todos los climas. La curiosidad por lo exótico y lo extraño es la base de obras poéticas tan interesantes, entre otras, como la de Manuel Verdugo y una parte considerable de la obra de Tomás Morales. Es la base también de nuestra loada hospitalidad, virtud de solera española que tan lozana se mantiene en los países americanos que han recibido más directo influjo canario, como por ejemplo la isla de Cuba. La familiaridad con lo exótico lleva al canario a todos los puntos del planeta. En una experiencia tan limitada como es mi propia vida, yo he tro-

pezado con un canario que era aturbantado pianista, director de una orquesta turca, en un cabaret de un puerto italiano; otro pianista canario, falsamente polaco, que ocultaba bajo un esclavizado *Wicent Ródreowsky* a un Vicente Rodríguez de andar por casa, y, lo más asombroso, un faquir indio que tragaba cintas, clavos y tornillos y cuya casual indigestión permitió a un amigo médico descubrir su procedencia, que era nada menos que la bella e histórica Villa de Teror, en Gran Canaria.

Y por último, *el sentimiento del mar*. He aquí uno de los rasgos más hondamente canarios y que como tuvimos ocasión de indicar al hablar de la isla y el mar, se manifiesta en multitud de diversas y hasta históricas características: nuestra capacidad para el silencio, el silencio expresivo, *al tumulto parejo*, que dijera Paul Valery, o como cantara Alonso Quesada,

*Silencio,
lazarillo piadoso de mi alma;*

raíz indudable también de nuestra respetuosa continencia ante la majestad natural, humana o divina, de nuestra religiosidad sin aparato, de nuestro sentido de la intimidad, que se exterioriza en el amor al hogar, a las flores, a los animales, a las cosas pequeñas que encierran un mundo, y sobre todo, de nuestra capacidad para el ensueño, para el ensueño melancólico. El mar, o la mar como la llaman quienes saben de su profundo encanto inestable y de sus asechanzas y peligros, es el más inagotable manantial de sueños. Recordemos que Juan Ramón Jiménez nos decía:

*La tierra lleva por la tierra,
mas tú, oh mar, llevas por el cielo.*

Por eso los poetas canarios más hondamente significativos, fieles intérpretes del íntimo sentir del pueblo al que sirven de líricos voceros, vienen cantando el mar desde que las islas adquirieron conciencia poética, que es como decir conciencia histórica. Para unos es leyenda mitológica, mar atlántico; para otros mar cercano y familiar, mar de costa y puerto; para muchos, mar de nostalgia lejana, mar de anhelos difusos, mar que convierte nuestra isla en universo de ensoñación. *El mar con sus cosas*, ha escrito Gabriel Miró, *ha dado al canario el tono, el sabor y la medida de su existencia*. El sentimiento del mar es tan vivo en el canario porque el mar es, en lo físico, el mágico y cambiante telón de fondo de todos sus paisajes, y en lo espiritual, el bajo continuo que con su permanente y armónico bordoneo briza todas sus esperanzas. Hasta para morir el canario identifica su vida con las olas del mar. Oigamos lo que nos ha dicho Saulo Torón:

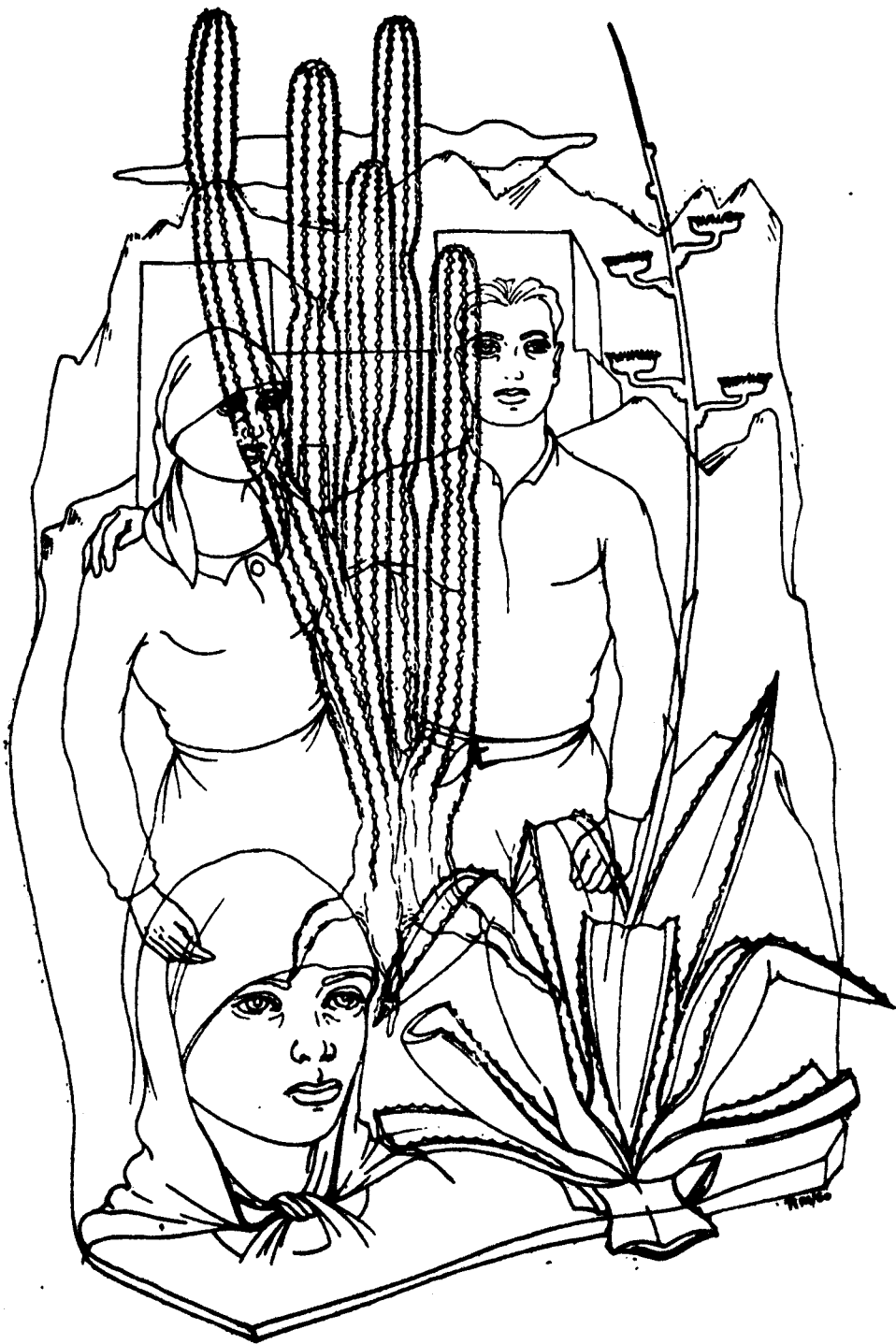
*Y he de morir, oh mar, he de morir
como una ola más en tu ribera,
entregaré mi alma al infinito
igual que el infinito me la diera,
pura y sin mancha, y en una noche clara
en lo azul brillará como una estrella.*



Y nada más, amigos. A zancadas, casi con botas de siete leguas, hemos tratado esta noche de acercarnos cautamente, respetuosamente, con el pudor de nuestra limitación, al gran enigma del alma de nuestro pueblo. Alma difícil, alma etérea, de la que podríamos decir lo que un gran poeta andaluz, Luis Cernuda, decía de su pueblo:

*¡Ob hermano mío, tú!
Dios, que te crea,
será quien comprenda
al andaluz.*

Sólo Dios podría, pues, definirla justamente. Nosotros no hemos hecho más que levantar una punta del velo que cubre su misterio. Si ello os ha entretenido, y, sobre todo, si ello ha despertado en vuestro espíritu el deseo de seguir profundizando en el arriscado camino que, cual las pétreas galerías de nuestro subsuelo, conduce al hontanar de nuestra alma, y como en el consejo clásico, a conocernos a nosotros mismos, me sentiré profundamente recompensado de mi esfuerzo. Cuanto más la conozcais, en todos los entresijos de su alma y de su cuerpo, más amareis a vuestra sencilla patria chica. Y más amareis también con ello a vuestra inmortal patria grande, en cuyo maravilloso y bien concertado concurso de voces no es la nuestra, la voz canaria, por modesta y débil que sea, por lejana que suene, ni la menos fiel ni la menos amante.



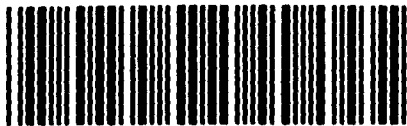
INDICE

	<u>PAGINA</u>
Canariedad esencial de La Lagna . . .	1
Sentido conservador de lo típico popular . . .	9
Los factores del alma de un pueblo. . .	13
La tierra canaria volcán domeñado . . .	15
Los canarios en la historia de América . . .	19
La isla como generadora de una actitud espiritual . . .	23
El complejo racial de los canarios . . .	27
Los tres sentimientos fundamentales del alma canaria . . .	33

Depósito Legal, G. C. 27 - 1960



BIBL.UNIV.-LAS PALMAS DE GRAN CANARIA



480352

BIG 860-4 ROD rai